

Nota 1

Tepito, Ciudad de México, miércoles 7 de junio de 2017

El Pelón es un amigo de mi familia materna y trabajó cerca de diez años como franelero¹ en una esquina que se encuentra justo en el extremo oriente del tianguis más famoso de la Ciudad de México. Si alguno de mis conocidos podía conseguir a alguien para realizar una entrevista en profundidad, era él, y por eso decidí contactarlo vía un mensajero la tarde del 2 de junio.

Fui totalmente sincero con él respecto a mis intenciones etnográficas, porque no quería empezar nuestro pacto con el pie izquierdo. Le dije sin rodeos que necesitaba a un nativo del barrio que supiera acerca de drogas —ya sea porque las consumía o porque estaba involucrado de alguna manera en su distribución—, para realizar una entrevista en profundidad, que utilizaría

¹ Franelero es una persona que se dedica a cuidar autos en la vía pública en zonas de la Ciudad de México en las que los lugares para estacionarse son escasos. También brindan otros servicios, como la limpieza de los vehículos y toman su nombre de una de las herramientas utilizadas para esas labores: la franela. Son figuras controversiales porque operan “privatizando” espacios que en realidad son públicos, y forman parte importante de la cultura de la inseguridad en la capital del país: sus servicios no serían útiles si los vehículos y las pertenencias de los conductores no se encontraran en una situación endeble en las calles.

grabadora durante el encuentro y que todo estaba enmarcado en un proyecto de El Colegio de México. Su respuesta me sorprendió no sólo porque fue positiva, sino porque entraba de inmediato en materia: “¿Y cuándo quieres empezar?”. Le respondí que a la brevedad posible. Acordamos una cita el miércoles 7 de junio a las 18:30 horas —para no interferir con sus actividades—, justo en la esquina en la que él solía trabajar.

Acudí puntual a la cita, aunque decidí llegar con un poco de retraso, sabedor de que el Pelón podría no salir puntual de su trabajo en el tianguis. A esa hora de la tarde, la cara de Tepito comienza a cambiar, porque a partir de las 17 horas (en promedio) la mayoría de las actividades comerciales empiezan a cesar. Mientras caminaba por una de las avenidas principales del barrio en dirección hacia nuestro punto de encuentro vi a los comerciantes recoger sus puestos y la mercancía, algunos “diablitos” en labor de carga obstaculizaban el paso y había que avanzar con cuidado de no ser atropellado por alguna motoneta, manejada a toda velocidad por algún dúo o trío de jóvenes locales.

Unas cuerdas antes de llegar al lugar pactado, observé una de esas imágenes contrastantes de Tepito: un Módulo de Seguridad y Participación Ciudadana en el que hay continuamente oficiales de policía, ubicado frente a frente con la “casa blanca” —una de las más célebres vecindades del barrio y que en más de una ocasión ha sido relacionada con la ilegalidad—. En medio y

debajo de un puente peatonal había dos oficiales haciendo guardia permanente junto a su motocicleta. Mientras avanzaba, pensaba que en este momento yo también caminaba entre esos dos extremos y se me antojó como una metáfora elocuente.

La esquina en la que el Pelón solía trabajar sigue siendo un espacio para estacionar automóviles, tanto de comerciantes, como de clientes del tianguis, y no parece haber cambiado desde la época en la que comenzó como franelero, a principios de los años noventa. Aunque a esa hora el espacio lucía ligeramente diferente, ya que los últimos autos estacionados comenzaban a irse y sólo quedan montones de basura que en cualquier momento el personal de limpia de la delegación recogería con palas.

El Pelón me esperaba en plena calle desolada. Rondaba los 50 años de edad, moreno y de estatura media —medía poco menos de 1.70 metros—, robusto —quizá pesaba unos 90 kilos—; llevaba el cabello prácticamente a rape —de ahí su mote— y un atuendo sencillo de playera de algodón, *jeans* y botas de trabajo. Nos saludamos amistosamente y me comentó que de no ser por el mensaje que le mandé ese día por la mañana, se habría olvidado por completo de nuestro encuentro. Yo bromeé diciéndole que era afortunado, porque me preocupaba imaginarme solo en una esquina del barrio, mientras anochecía y en una actitud francamente sospechosa.

De inmediato él empezó a caminar; cruzamos la avenida en dirección a las calles que tienen nombres de oficios (famosas desde hace mucho tiempo como uno de los focos de inseguridad del barrio). No dijo nada acerca del posible informante, ni quién es ni qué hace, ni a qué se dedica o dónde vamos a encontrarlo; sólo decidí seguirlo. El Pelón y yo tuvimos una plática casual acerca de cuáles son sus actividades actuales. Me dijo que trabaja con su compadre en un pasaje comercial dentro del barrio. Le dije que lo último que había sabido es que estaba trabajando en El Carmen (en la misma zona), y me respondió que sólo había sido un empleo temporal, que se vio obligado a tomarlo porque los tiempos de bonanza del barrio quedaron atrás y hoy la mayoría de las transacciones comerciales ocurrían cruzando el Eje 1 —esa delgada frontera entre Tepito y el Centro Histórico—. Aunque explicó que la mercancía que se vende allí es totalmente diferente y hoy en día son más que nada baratijas traídas clandestinamente de China: eso era lo que se vendía en el local en el que laboraba y del que la dueña es una mujer adinerada, según dijo, que trabaja para el gobierno y viaja de manera constante a Oriente para cerrar algunas de sus transacciones.

Nuestra breve conversación se interrumpió al llegar a una esquina bastante llamativa. Se trata de una especie de delta de locales que luce casi en el abandono, adornados con grandes grafitis de estilos más bien caricaturescos.

Ahí había tres hombres, dos sentados en cuclillas, apoyados en una cortina metálica; uno de ellos, que rondaba los 30 años, vestía con estilo *hip-hopero*.² El otro, de alrededor de 40 años, llevaba la cabeza a rape y unos lentes de armazón blanco. El tercer hombre, el más maduro de los tres, rondaba los 50 años y dormitaba en el cofre de un taxi modelo Tsuru con la actual cromática del logotipo de la ciudad (blanco con recuadros rosas).

El Pelón avanzó con rapidez. Primero saludó a los dos hombres que estaban en cuclillas con un movimiento de choque de mano y puño.

—¿Qué transa, carnales?

—¿Qué transa? —respondieron. Después caminó hacia el Tsuru y, con un ligero toque en el hombro, llamó la atención del hombre recostado:

—A ti te andaba buscando, carnal. Ven para acá.

El hombre se incorporó rápidamente con cara de adormilado. Su nombre era Iván, de estatura más bien baja (cerca de 1.60 metros), piel morena cobriza que denotaba las largas horas que pasaba bajo el sol. El cabello lo llevaba

² La indumentaria del hip-hop o el rap de los jóvenes afroamericanos estadounidenses se relaciona con los cantantes del género musical del mismo nombre. Generalmente consiste en ropa muy holgada: pantalones, camisetas deportivas (de equipos de basquetbol o futbol americano), sudaderas, tenis de basquetbolista de marcas destacadas (como Adidas o Nike), el uso de gorras o paliacates, así como algunas piezas de joyería como relojes vistosos, anillos o cadenas.

peinado hacia atrás, con algunas canas que le daban un tono más bien plateado. Sus ojos eran pequeños y oscuros y su nariz, breve y ligeramente aguileña. Su complexión era delgada en general, aunque lucía un vientre ligeramente abultado. Su atuendo, *jeans* azules, tenis de basquetbolista y una playera blanca que conmemoraba una peregrinación.

El Pelón lo tomó por el cuello con el brazo derecho, como si le estuviera realizando un candado de lucha, pero el movimiento fue de alguna manera afectuoso, acercó su cara a la del hombre como si fuera a susurrarle un secreto y le dijo:

—Aquí mi chavo está haciendo el doctorado y está buscando a alguien en el barrio que sepa del tema de las drogas y que le pueda dar una entrevista. Y yo luego, luego pensé en ti.

—Va, va —respondió frunciendo el ceño, mientras movía la cabeza.

Yo le expliqué que el trabajo era anónimo, a lo que me dijo que podría usar un sobrenombre.

—Pero qué, ¿todo lo que platiemos te lo vas a aprender? —preguntó.

Le respondí que traía una grabadora en mi chaleco, que la activaba y guardaba para que no interfiriera en la conversación. Le pareció buena idea y dijo no tener problema con el uso del aparato. Me dijo que tenía mucho que

contar, porque vivió durante varios años en la calle, en una pequeña explanada a un costado del lugar en el que platicábamos, y añadió:

—Un tiempo pensé escribir un libro acerca de mi vida, de todo lo que viví, pero fue un proyecto que nunca se hizo.

Iván aceptó participar, pero dijo que la entrevista no podía realizarse en ese momento, porque tenía algo que hacer. Nos pidió presentarnos en la misma esquina al día siguiente, a las 9:00, hora en la que comienza a trabajar. Nos despedimos con el mismo movimiento con el que el Pelón saludó a los hombres al principio de nuestra interacción. Caminamos de regreso y después de avanzar tan sólo unos metros, me dijo que no le parecía conveniente que llegáramos demasiado puntuales a la cita, que era mejor acudir media hora después, a las 9:30 horas.

Mientras continuamos nuestro camino, seguí conversando de manera casual con él. Le conté que una mañana, a principios de febrero, un par de jóvenes que eran claramente adictos y estaban armados con sendas puntas,³ me

³ Una punta es un arma punzocortante de elaboración rudimentaria. Son objetos recurrentes de las cárceles mexicanas, en donde la portación y uso de armas está prohibida. Suelen producirse afilando restos de metal que se sustrae de alguno de los talleres del penal o afilando algún objeto (por ejemplo, una cuchara o un tenedor al que se le retira la cabeza), que pueden robar los presos de alguien que va a visitar a sus familiares. En las calles su elaboración es mucho más sencilla por la disponibilidad de objetos. Se sobreentiende que

asaltaron mientras iba a visitar a un familiar. El Pelón me preguntó si quería ir a buscarlos para arreglar el problema, a lo que respondí negativamente, porque la cantidad perdida fue ridícula (15 pesos). Para él, el problema central no era el dinero, sino la afrenta, y creía que estaba faltando de alguna manera al código del barrio por dejarme robar tan burdamente:

—Ya sabes que si alguien quiere robarte aquí, tienes que decir que eres del barrio, estén o no armados, y nunca dar nada.

Mi anécdota dio pie a que el Pelón me contara sobre el papel ambiguo de los franeleros —por lo menos cuando él era uno de ellos— en materia de seguridad, que se relaciona con el hecho de que ellos suelen conocer a “todo el mundo” por laborar una buena parte del día en un solo punto del espacio público. Eso incluye conocer comerciantes locales, compradores asiduos o potenciales, oficiales de policía y, por supuesto, personas que cometen delitos.

Me relató que muchas veces se les quiso vincular con las personas que cometían robos, sobre todo por no querer participar de algún tipo de acusación como los testigos privilegiados que supuestamente eran. El problema, desde luego, radica en que ese privilegio podía funcionar como arma de dos filos,

alguien que usa como arma una punta no tiene mucho dinero para obtener otro tipo de arma mucho más eficiente, como cuchillo, navaja o, incluso, un arma de fuego.

puesto que alguien que quisiera tomar algún tipo de represalia en su contra podría encontrarlos con suma facilidad y bastante desprotegidos:

—Nosotros les decíamos: “lo que ustedes no ven es que ya van dos, tres veces que nos han querido plomear” —me explicó.

Según su relato, no era común que ellos estuvieran coludidos con nadie, aunque terminaban concediendo por omisión, al “tratar de llevar la fiesta en paz”, haciendo como que no veían nada. Aunque no eran constantes, sí había algunas ocasiones en las que algunos, que era bien sabido que eran “las ratas” (ladrones), podía pasar a saludar a los franeleros e incluso preguntarles por algún indicio de cómo había estado el ambiente local durante el día:

—¿Qué pasó, carnal? ¿Cómo anda la tira?

—Anda brava, carnal. Al tiro.

Le pregunté en qué espacio ocurrían estas acusaciones contra los franeleros y respondió que en las juntas que en aquella época se llevaban a cabo para resolver los conflictos en materia de seguridad. Según su relato, el tema movilizaba un complejo entramado que incluye a los representantes designados por los comerciantes (que generalmente fueron elegidos por una calle o un par, según sus dimensiones), a los comandantes del sector, a los oficiales de policía a cargo y, por supuesto, a los delincuentes locales a quienes se busca limitar o de alguna manera administrar. El Pelón explicó que en más de una ocasión hubo

conflictos, porque lo que se pactaba en un nivel, por ejemplo, entre un comandante de sector y los comerciantes, se desobedecía en otro con un nuevo pacto entre los policías “de a pie” y quienes cometían algún acto ilegal.

Al concluir esa breve conversación, nos despedimos con el acuerdo de vernos de nuevo al día siguiente, en el mismo lugar, a las 9:30 horas.